

En el verano de 1996 hubo incredulidad en mi casa cuando anuncié que quería irme a Suecia con unos muchachos alemanes a montar en bici y hacer piragüismo —o remo, o como se llame ese infierno de deporte— allá en los lagos de Escandinavia. Yo ya era para entonces hombre de culo prudente en lo que respecta al ejercicio y, aunque de muchacho había montado mucho en bici, haría ya un par de años o más que la había cambiado por el tabaco. En cuanto al remo, toda mi experiencia deportiva se limitaba a cinco minutos en el estanque del Retiro, donde pude comprobar que remar cansa, antes de dejar que otro compañero de clase se amarrara al duro banco. La idea, claro, era aprender alemán con el grupo de muchachos alemanes, o así lo

vendí en casa, y el resto, fuese piragüismo o filatelia, era lo de menos. Había sacado unas notas espléndidas y no me lo negaron. Por mi parte, para justificar por qué di allí —en el remo, en el ciclismo— solo puedo argüir que debió de ser una de esas cosas tan estúpidas y disparatadas que nos cuesta decirles que no. Y allí me fui.

Decía Nietzsche aquello de que, si uno tiene un por qué, es capaz de soportar cualquier cómo. Y no negaré que he tenido una vida blanda y ociosa: el ser humano es capaz de soportar hambre, necesidad y privaciones por la crueldad de la vida, la dignidad de un ideal o el heroísmo de una misión. Pero pasarlo mal por banalidad y deporte es, en efecto, un disparate o una estupidez.

Al igual que en las películas de miedo, donde un grupo de excursionistas entran en una casa en el bosque y todo son risas y alegría, el primer día —y, antes, la primera noche— había sido una maravilla. Desde el norte de Alemania cogimos ese crucero que lleva hasta el sur de Suecia y que, sin tributación para el alcohol y el tabaco, es un verdadero «barco ebrio». Pasé la noche en vela, acodado a la baranda del barco, medio solo, tras preguntarme cuántas noches iba a pasar así, en el Báltico: la pose romántica fallaba porque, naturalmente, todo estaba a oscuras y no se veía nada. En Malmö pasamos una jornada entera: parece ser que es un parque temático socialdemócrata, pero yo lo recuerdo como un paraíso a secas. Dormimos en el salón parroquial de una de las iglesias católicas de allí: en las paredes, me llamó la atención una cartulina que ponía «Gaudete in Domino semper. Gaudete», importante mensaje de aliento para no desesperar ante lo que me esperaba. Rubios, sonrientes y con una masa muscular que tensaba la camisa del clergyman, los curas suecos parecían todos Björn Borg en ropa talar.

Con nosotros, en cambio, iba un cura catalán, don Ignacio de nombre, bastante cenizo. Tal vez fuese de macerar tanto en Alemania, pero creo que no sonrió ni una vez el hombre en todo el

viaje. Le puedo entender: antes que hacer el cabra por el sur de Suecia con un grupo de adolescentes quizá resulte más tentador ir a evangelizar a los zulús, aun a riesgo de que te empalen. El resto del Estado Mayor estaba compuesto por Andreas, un tipo muy parado, alemán, alto, con pinta de poeta suicida o monje loco; Thomas, el mayor de todos, ciento veinte kilos de alemán, que gritaba y reía como esos militares que pasan revista en las películas americanas; un colombiano ya germanizado, inofensivo y dulce, a quien llamábamos Hardi, y otro muchacho, algo mayor que nosotros, todo pureza y romanticismo, todo gafitas y barba, que por las noches nos hacía cantar canciones junto al fuego: podía haber sido el pesado de la guitarra, pero era un hombre sensible, acogedor. Stefan se llamaba. Eso sí, nunca me he podido quitar de la cabeza sus canciones, que han permanecido conmigo como una mancha original —*Johnny Walker, jetzt bist du wieder da; Über den Wolken, Neun-und-neunzig Luftballons*, y la mejor, una de borrachos en dialecto de Colonia, *Drink doch eine met*, que alguna vez he llegado a buscar en YouTube.

Nuestro propósito era cubrir en bicicleta, por trochas y veredas, por bosques siempre cercanos al mar, la distancia entre Malmö y Gotemburgo; entre medias, íbamos a pasar unos días en unos lagos, para cambiar el ejercicio de piernas por el de brazos, las bicicletas por las piraguas y el tedio de la carretera por el espanto del agua. Por aquel entonces los móviles tenían el tamaño de un adosado y solo los usaban los malos de las películas; internet seguramente existía, pero solo en el Pentágono —en definitiva, nos íbamos quince días a perdernos en la nada.

Nos hizo muy bueno y, en pleno verano, los días del norte se alargaban y se alargaban hasta ser un solo hilo de luz rubia: con sus Volvos a cuarenta kilómetros por hora y con el perfecto inglés de la población aborigen, solo el constante olor a guano descalificaba a la costa sueca de la categoría de idílica. Madrugábamos mucho y el día se nos iba en llegar al punto de destino

que Andreas y el Estado Mayor habían fijado —y del cual yo no tenía la menor idea. Por la mañana y a media tarde había un parón. Pero los momentos más deseados del día, siempre capaces de mortificar nuestro deseo hasta el extremo, eran las comidas. No quisiera difamar al tiempo, pero solo recuerdo haber comido muesli con leche, con un poco de azúcar para pasarlo y un poco de mermelada de fresa para engordarlo. La jodía avena, comprada en bolsas que parecían sacos de ACNUR, sabía a delicia y ambrosía. Quiero pensar que habría algo más, pero también estoy seguro de que hoy detendrían a unos adultos que trataran así a unos muchachos. Por supuesto, todo lo de andar por el bosque y marchar por los montes y cantar canciones todos juntos es algo intrínseco al alma alemana —uniformas a la muchachada y ya tienes una mística nacionalista.

En lo que respecta a la bicicleta, con vergüenza retrospectiva debo decir que no dejé muy alto el pabellón de mi país: siempre iba el último. No a veces, no en competencia con otro manta: siempre. Además de eso, y por motivos que solo puedo explicar con el recurso al ensañamiento divino, pinché más que nadie. El efecto global, por tanto, era cómico, hasta que un gigante mantecoso, de nombre Sebastian, que iba para carpintero, me abroncó por pinchar tanto, y la misma Providencia que colocaba dos pinchazos en mi camino cada día, dejó de colocármelos.

No por ello paró el hecho fundacional: el sol sale y se pone y el español siempre va el último. Cada día arrancaba el pedaleo con la ilusión de, bueno, si no quedaba otro remedio, cerrar el grupo, pero con alguna honrilla. De inmediato, sin embargo, se abría un trecho entre la *tête de la course*, que era todo el pelotón, y este indigno paisano de Perico Delgado: un trecho que quizá no fuera amplísimo, pero, como el foso de un castillo mágico, era infranqueable.

Si mis hazañas deportivas no me hicieron el héroe del grupo, otros dos datos contribuyeron a subrayar mi marginalidad: yo no era muy simpático ni hablaba un gran alemán; ellos ha-

blaban un alemán perfecto y, desde luego, tampoco eran muy simpáticos. A la vez, como suele suceder en estos casos, no recuerdo haber tenido ningún padecimiento más allá del propio deporte: a un adolescente le puedes dar duro, pero cada mañana se despertará, todavía, con unas ingenuas ganas de vivir. Fumaba cigarrillos de liar. Creo que era el único. Y en varias ocasiones nos despertamos en lugares en los que uno dudaba si había habido interrupción con el sueño: arena y rocas junto al mar, una cabaña en la orilla, la playa de un lago en soledad. Lo malo es que luego había que abandonar el arrobo lírico y ducharse en el propio lago: el higienismo alemán, en nuestra excursión, nunca estuvo a la altura. En una ocasión, embobado de belleza ante un paisaje de mar de amanecida, hubo una cosa que me despertó violentamente del síndrome de Stendhal: el pedo estruendoso de uno de mis compañeros de tienda, capaz de asustar a todos los renos de allí a Uppsala.

Para llegar a Goteborg, Gotemburgo según el maravilloso exónimo castellano, aún nos quedaban desde entonces unos días más de bicicleta y, como estación penitencial, el par de jornadas de remo en los lagos.

El paisaje, sí, era hermoso. Grandes masas de agua. Una superficie inmóvil pero no inquietante. Soledad. Vastedad. Coníferas. A la vez, estar remando —estar sufriendo— en tales parajes del paraíso era como, qué sé yo, tener que desasirte de los brazos de la mujer de tu vida porque, de modo súbito e irremediable, te estás haciendo caca. Algún componente del Estado Mayor, dotado de cierto don de prudencia, previno que mi acompañante en la piragua fuese Thomas: con razón, pensaron que si no era un as del ciclismo, tampoco iba a ser un hacha en remo, y Thomas era el perfecto acompañante —muchacho encantador, deportista vigoroso, chico sano y sonriente. Un plomo. Yo ya me conocía de algún verano en Austria el asunto de los lagos, preciosos, románticos —¡puro ensueño!— desde lejos y, desde cerca, un infierno de bichos, suciedad y barro. Al remo

no me hacía falta ni conocerlo: una vez, en Irlanda, con doce o trece años, poco después de mi iniciación desdichada en las aguas bravas del estanque del Retiro, hui de la excursión comunal con tal de no subirme a una jodía piragua. Si completamos aquel viaje alemán, en definitiva, fue por Thomas, que entre sus perfecciones tenía la de ser un extraordinario remero. Eso sí, el cabrito no me dejaba confiarme. Cada vez que el ácido láctico me mordía los músculos me llegaba su voz desde atrás: «Ignacio, *nicht einschlafen!*», «Ignacio, ¡no te duermas!».

Después de estas asperezas, hasta Albacete podría haberme parecido una maravilla: no diré Gotemburgo. Ya avanzado el verano, los suecos lanudos y sonrientes tomaban café en las terrazas, hijos confiados de una civilización ya atea pero aún nutrida de la ética luterana, con iglesias con obispas donde la gente solo va a casarse o a morir, pensiones estupendas y empastes gratuitos. Por mi parte, nunca pude tener queja de ellos: a un sueco le debo, en ese viaje, una de las cosas más hermosas que me ha ocurrido.

Ocurrió al principio del principio. Salíamos de la pensión en Malmö, una calle ancha que daba a una plaza, todos con nuestras bicicletas, para inaugurar la primera jornada. Era una mañana de sol e incluso a mí me apetecía montar. Por algún motivo, sin embargo, quizá por extrañar una bicicleta ajena —o, para qué negarlo, porque era un manta—, no habíamos llegado a la plaza que ya se me había salido la cadena. Me bajé un segundo a colocarla: cuando me volví a montar, ya los había perdido de vista. No estaban en ninguna parte. Algunos coches, algunos viandantes a lo lejos: de pronto me vino esa sensación de absurdo que tiene la normalidad cuando ha pasado algo que la altera.

Me volví a la pensión, donde, al conocer mi caso, me dedicaron una sonrisa triste: quién sabe si una manera suave de decir *fuck you* y desentenderse. Ni Andreas y los alemanes tenían móvil —obvio— ni lo tenía yo. Un poco instintivamente, me dirigí en-

tonces al único lugar que, junto a la pensión, conocía en la ciudad: la parroquia católica, que por su arquitectura —una especie de casco de barco vikingo— me había gustado mucho, y que era lo más parecido a «casa» que podía encontrar en toda Escania. Me quedé junto a ella, sin saber bien qué hacer: pensé que volverían a por mí, antes o después. Y si me daba rabia haber causado tal problema, me daba pena pensar en España y en lo poco que a mis padres, ignorantes de todo, les gustaría verme así...

Montado en la bici, con un pie sobre la acera, paré a reflexionar: si ellos no volvían, tendría que ir yo al pueblo —Halljarp— en cuestión donde teníamos que hacer meta, y allí rezar por encontrarlos... En la parroquia no había un alma. Cuando iba a volver a moverme para buscar algún puesto turístico donde me pudieran dar un mapa, un señor rubio, no muy alto, se dirigió a mí. Estaba haciendo footing. No recuerdo qué me dijo. Pero sabía perfectamente, sin necesidad de decirle nada, que estaba perdido.

Ahora admiro su clarividencia práctica, ese saber en cada momento, sin alarmas ni prisas, qué hacer. Fue él quien me acompañó a un puesto turístico que había junto al puerto o similar, lo que de paso sirvió para reportar mi caso a las autoridades. Él me señaló el recorrido que debía hacer y, viendo mi estado de necesidad, o mi agradecimiento, se ofreció a acompañarme un trecho: total, me dijo, él iba corriendo ya.

Yo estaba convencido de que ese señor era mi ángel de la guarda, pero no: me contó que era cardiólogo allí en un hospital en Malmö, creo que el jefe del servicio —nunca he bendecido tanto una actividad cardiosaludable como el hecho de que este hombre saliera a correr. No sé cómo, me dijo que admiraba mucho a Juan Pablo II por su posición sobre la donación de órganos: además de cardiólogo, era muy diplomático. En un momento dado entró en una tienda y me compró un par de barritas de muesli, una botella de agua y un plátano —«Para el camino», me dijo. Yo los guardé como oro en paño.

Anduvimos juntos un rato largo. Cuando me dejó, le dije que cómo podía agradecerse. Me dijo que él, de joven, también había ido por Europa y también había recibido la ayuda de desconocidos —que no me olvidara de hacerlo yo. Se fue, elegante y sudoroso, dejándome enfilado por la carretera.

Esta resultó ser muy bonita: tras el sentimiento de desamparo, me sentí eufórico por pedalear libre en la mañana luminosa, en un camino poblado aún aquí y allá, en esa bendición civilizada que es Suecia, quizá el mejor lugar donde uno puede perderse con quince años. En un momento dado, me acerqué a un párroco y su mujer, que estaban trabajando en el cementerio junto a una iglesia, solo por el placer de dirigirme a otros seres humanos, que confirmaron que iba bien.

Al llegar me encontré a mi grupo de alemanes en la plaza del pueblo. Acababan de llegar ellos también. Solo al verme se dieron cuenta de que me habían perdido.